

Lo continuo y lo discontinuo.

La UNAM en el 68

En alguna de sus ingeniosas y siempre agudas disgresiones en favor de la perspectiva del “tiempo largo” en el estudio de la historia, Braudel llama la atención acerca de la carga de significaciones y de relaciones que un “acontecimiento” puede encerrar; es por ello —afirma el célebre historiador francés— que “(un acontecimiento) se anexiona un tiempo muy superior a su propia duración”.¹ Esta consideración se antoja a propósito como para abordar, veinticinco años más tarde, el tema del 68.

Miles de páginas han inspirado los sucesos que tuvieron lugar entonces, no sólo en el ámbito del conjunto de las ciencias sociales sino en el de las artes. Una cantidad, difícil de determinar, de notas periodísticas y alrededor de cuarenta novelas publicadas a la fecha —algunas con varias ediciones— constituyen indicadores que dan testimonio del impacto que esta singular fecha ha tenido y continúa teniendo en el ánimo, el interés y la creatividad de los contemporáneos.

Señalar que esta atracción generalizada por el tema se refracta en una amplia gama de posiciones e interpretaciones, viene a ser una obviedad. Sin embargo, la inmensa mayoría —no por decir todos— de estos trabajos dan por sentado que ese “acontecimiento” establece un corte cronológico: hay un antes y un después de 68.

No pretendo detenerme en aspectos teóricos al respecto sino resaltar que la manera común en la que nuestro asunto ha sido abordado ha implicado una abstracción del proceso histórico. Desde luego comparto la tesis de que 68 es un momento crucial, una coyuntura en múltiples sentidos, pero aun en ese caso sigue haciendo falta una dimensión diacrónica, un tratamiento que vaya más allá del carácter necesariamente sincrónico que tiene todo “acontecimiento”, todo “momento” como tal, para que cobre una verdadera dimensión histórica.

Lo anterior supone, en primer término, el reconocimiento de que las muchas variables que concurren y que configuran el suceso presentan pesos históricos diferenciados: distintos ritmos y alcances y formas específicas de articulación de los hechos, vienen a constituir una compleja red en donde el tiempo corto resulta algo en exceso ambiguo si no es que ficticio.

Un replanteamiento de esta naturaleza suele incidir en la interpretación. Un buen ejemplo de esto nos lo brinda un interesante artículo publicado en fecha reciente por Luis González de Alba, destacado protagonista del 68, en donde explica la insurgencia estudiantil de hace veinticinco años como el producto de un largo proceso de intolerancia ética y de manipulación de las conciencias que se verificó en México desde el triunfo de la Revolución. “El motor que sacó de su comodidad a los (estudiantes) privilegiados —es una cita textual del mencionado artículo— no fue la indignación por una situación política que sólo unos cuantos, en los grupos de izquierda, consideraban intolerable. Fue el desafío contra normas sociales que no estaban siquiera implícitamente señaladas en nuestras demandas.”²

¹ Braudel, Fernand, *La historia y las ciencias sociales*, Trad. J. Gómez Mendoza, España, Alianza Editorial, 1984, p. 65.

² González de Alba, Luis, “1968: la fiesta y la tragedia”, en *Nexos* año 16, vol. XVI, núm. 189, México, septiembre 1993, pp. 24-30.

Semejante interpretación, al margen de que pueda o no ser convalidada, sólo se hace posible tomando distancia en el tiempo tanto para atrás como para adelante.

Se trata, en una palabra, de historizar el suceso.

En lo que se refiere a la historia de las instituciones, en particular las educativas, esta perspectiva permite superar el uso de lugares comunes y de simplificaciones. ¿Qué tanto hay de continuo y discontinuo en la trayectoria de la Universidad en función del 68? Vale decir, para empezar, que todos los contemporáneos que reconocieron en el nacimiento estudiantil el origen y el anuncio de transformaciones institucionales profundas, se equivocaron. "El papel de detonante jugado por el movimiento estudiantil —cito un texto de Ernest Mandel redactado en julio de 1968— es el producto directo de la incapacidad del neocapitalismo para satisfacer a cualquier nivel las necesidades de la masa de jóvenes atraídos hacia la universidad (...) Esa incapacidad se manifiesta al nivel de la infraestructura material, al nivel de la estructura autoritaria de la universidad, al nivel de contenido de la enseñanza universitaria, al nivel de orientación de salidas para los universitarios que interrumpen los estudios."³

El sistema asimiló y conjuró la efervescencia —represión policiaca de por medio— sin modificaciones sustanciales. Muy significativas resultan a este respecto las declaraciones hechas hace apenas tres años por Daniel Cohn-Bendit, el líder estudiantil por antonomasia en el 68: "(la rebelión antiautoritaria partió) de la ilusión democrática de una parte de la juventud y de una fraseología revolucionaria de otro siglo; esa contradicción se derrumbó en los años setentas (...) Tuvieron que desestructurar nuestro discurso revolucionario y reestructurar un discurso democrático".⁴

Veamos el caso de México y en especial el de la Universidad Nacional. Aquí, de la misma manera que ocurrió en otros lugares del mundo, la agitación tuvo como núcleo a los centros de educación superior más importantes; aquí, como en la Sorbona, Nanterre, la Libre de Berlín, la de Roma, Columbia, etc., el desempeño normal de las instituciones se vio seriamente afectado y estuvieron acosados por la violencia oficial; aquí, de forma semejante al resto de los casos, se formularon programas para reorientar la función social de la universidad y no cabe duda de que muchas otras coincidencias existen en un fenómeno que bien puede calificarse de internacional.

Pero lo que yo sostengo es que, en el plano de lo institucional, la universidad mexicana registraba un carácter y una función que la diferenciaba de sus homólogos de primer mundo y que el movimiento estudiantil, a pesar de tener como sede el campus, apenas y tocó sus fundamentos estructurales.

Aquí cabría preguntarse cuál era la función, desde el punto de vista integral, que cumplía la Universidad en su entorno propio. Yo diría, de manera sumaria, que la UNAM respondía a un objetivo académico ya político y que este segundo determinaba al primero.

Tales objetivos y, por ende, el carácter estructural de la universidad, se configuraron a raíz de la Segunda Guerra Mundial como respuesta a planteamientos concretos en el proceso de acumulación de capital.

A la necesidad de apoyar, a partir de su especificidad, el esquema de desarrollo que se adoptó en el país en la coyuntura económica abierta por las acciones bélicas, se sumó la ventaja de reforzar la presencia de un Estado benefactor y corporativo.

De esta manera, a la Universidad se le otorgó un estatus especial, constituyéndola en una instancia que de forma automática se significó como una oferta en favor de la prosperidad y la movilidad social. En efecto, los años que siguieron a la guerra, fueron años de bonanza en donde se verificó una correspondencia entre el impulso a la institución educativa, un auge expansivo del mercado de trabajo y la imagen de un Estado populista que garantizaba el acceso a la educación superior de manera virtualmente gratuita. Es el tiempo en el que se edificó la Ciudad Universitaria, monumental obra que François Fourquet y Lion Muraval identificarían como uno de los equipamientos del poder.⁵

³ Mandel, Ernest, et al, *París, Mayo 1968*, "La prerrevolución francesa", Trad., J. J. Sebreli, Argentina, Tiempo Contemporáneo, 1969, pp. 133-134.

⁴ Mergier, Anne Marie, "Entrevista con Daniel Cohn-Bendit", en *Proceso*, núm. 699, México, 26 de marzo 1990, p. 22.

⁵ Fourquet, François y Lion Muraval, *Los equipamientos del poder*, "Ciudades, Territorios y equipamientos colectivos", Trad., A. Azpunberg, España, Gustavo Gili, 1978, 188 p.

En este periodo, la población preponderante dejó de ser rural; el PIB por habitante se duplicó entre 1945 y 1960 y la distribución de la PEA se invirtió en favor del sector terciario. Otra más de las oportunidades en las que México se ha modernizado.

A mediados de los sesentas, esta correspondencia mostró evidencias de agotamiento. En el orden de lo interno, la UNAM, estaba procurando repulsar dos tendencias que, fruto de la forma concreta en que se perfilaba, presionaban en detrimento de su desempeño académico: la insuficiencia —crónica— presupuestal y la masificación.

En la primera mitad de la década, el rector Ignacio Chávez intentó corregir el desequilibrio entre el fondo y la forma del desarrollo institucional pero las inercias prevalecieron y el rector fue depuesto con violencia en medio de una movilización estudiantil en los primeros meses de 1966, la que, a mi juicio, afectó en mayor profundidad la vida institucional que la ocurrida dos años más tarde.

Las tendencias dominantes, apuntaladas desde los cuarenta, se consolidaron y el modelo de Universidad adquirió rasgos distintivos y perennes: educación de masas, con fuerte sesgo populista, gratuita e insolvente en lo pecuniario, estructurada en lo académico con una tajante fragmentación en sus saberes y enseñanzas y con un grado considerable de permisividad ante las demandas estudiantiles.

La presión estudiantil, adoleciendo siempre de un carácter inmedatista y carente de una organización estable, similar, por ejemplo, a la SDS (Asociación de Estudiantes Socialistas) de Alemania Federal, logró detener el proyecto de Chávez y consiguieron que el rector entrante, flexibilizara los criterios, en particular en lo tocante a los filtros de selección por los que venía pugnando Chávez desde 1962.⁶

Habiéndose conjurado el movimiento del 68, el que por cierto nunca presentó demandas universitarias, merced a una represión que lindó en el genocidio, Barros Sierra sufrió las consecuencias de haber asumido una postura coherente con sus propios principios éticos y políticos, y el gobierno clausuró la posibilidad de su reelección —tal era la voluntad de los universitarios— al dejar caer sobre su responsabilidad distintas amenazas en contra de la Casa de Estudios.

Diversos acomodos sobrevinieron al 68, en parte por influencia de estos acontecimientos y en parte —mayor, creo yo— para ajustarse a circunstancias siempre cambiantes. Acaso el más importante de ellos haya sido el proceso de descentralización del que, sabemos, se contaba con una resolución adoptada con anterioridad, aunque sin precisas modalidades: los CCH y después las ENEP, la UAM, el Colegio de Bachilleres, el SUA, el fortalecimiento de la ANUIES, como interlocutor del gobierno y la asignación de mayores recursos a las universidades de provincia, son elementos constitutivos de una política de descentralización que le restó peso relativo a la UNAM y diversificó la oferta.

Se puede afirmar, asimismo, que el 68, y en concreto la defensa que hizo Barros Sierra de la autonomía universitaria dio oportunidad para que el Estado precisara, de facto, los límites de ese concepto.

Por lo demás, el modelo de Universidad, heredado de la posguerra, con su carga de significaciones sociales, políticas y cada vez, en menor medida, económicas, conserva hasta la fecha su propio impulso, y está por verse si cuenta con suficiente capacidad de acomodo para las realidades que presenta el México de hoy, en donde se ha verificado un desplazamiento de su rol estratégico. ♦

⁶ Estos aspectos están tratados con amplitud en Domínguez, Raúl, *El proyecto universitario del rector Barros Sierra*, México, UNAM, 1986, 149 pp. Domínguez, Raúl y Ramírez, Celia, *El rector Ignacio Chávez*, "La Universidad Nacional entre la utopía y la realidad", México, UNAM, 1993, 128 pp.